

TIERRA DE ARNHEM, BAJO OMO Y TIERRAS ALTAS DE PAPÚA. LOS PRIMEROS CONTACTOS

JUAN SALAZAR

A lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX las políticas colonialistas de las principales potencias europeas, Estados Unidos y Japón transformaron el mundo en un gran mercado comercial. Un desarrollo económico sin precedentes, una abrumadora superioridad militar y tecnológica, así como grandes mejoras en los medios de transporte permitieron a diversos países occidentales acceder a nuevos mercados, productos y mano de obra, provocando profundos cambios a escala mundial. Como consecuencia de ello, en este siglo y medio, más de 50 millones de indígenas, con economías basadas en la agricultura, la ganadería y la caza-recolección, fueron exterminados (Lee y Heywood, 1999).

La llegada de exploradores, militares, colonos, misioneros y antropólogos a los nuevos territorios creó una serie de situaciones de contacto que se plasmaron en multitud de relatos. Hoy esa documentación nos permite reconstruir esos encuentros desde un doble punto de vista ya que, con frecuencia, reflejaban no sólo sus opiniones y valoraciones sino las de los habitantes que encontraban. Mucho más difícil resulta obtener documentación y evidencias de lo que esa llegada significó para las poblaciones nativas. Aún así, el recuerdo de esos primeros encuentros ha permanecido vivo, a través de la historia oral, en la memoria colectiva de estos pueblos. Más recientemente, el trabajo de diversos investigadores en colaboración con miembros de comunidades indígenas ha permitido plasmar la otra versión de los acontecimientos.

A menudo se ha presentado el primer contacto con la cultura occidental como el inicio de la *Historia* de los grupos indígenas. Deberíamos tener presente que los procesos de cambio histórico ya existían antes de ese primer encuentro e intentar alejar esa

visión de pueblos sin “profundidad histórica”, de culturas aisladas o “ancladas en la prehistoria” que aún hoy se utiliza como reclamo comercial.

En este artículo analizaremos esos primeros encuentros entre occidente y las comunidades indígenas tomando como ejemplo las tres áreas geográficas tratadas en el presente catálogo y objeto de la exposición “Mundos Tribales”: la Tierra de Arnhem en Australia, el Bajo Omo en Etiopía y las Tierras Altas de Papúa. Intentaremos hacerlo desde un doble punto de vista, el occidental y el de las mencionadas comunidades. Los estados que controlaban esos territorios imprimieron dinámicas propias a la hora de explorar y colonizar las nuevas tierras, por ello los primeros contactos ocurrieron de formas distintas. Así, por ejemplo, la violencia de los encuentros en el Bajo Omo y el norte de Australia, a mediados y finales del siglo XIX, contrasta con la llegada relativamente “pacífica” de las primeras expediciones a las Tierras Altas de Papúa, en los años 30.

La Tierra de Arnhem (Norte de Australia)

“Una de las distracciones preferidas era cazar aborígenes; se elegía el día y se invitaba a los colonos vecinos, junto con sus familias, a una comida al aire libre... tras el ágape todo era regocijo y alegría, mientras los caballeros que formaban la partida tomaban sus armas y perros y, acompañados por dos o tres sirvientes presidiarios, recorrían los matorrales en busca de negros.

A veces regresaban sin diversión; otras, conseguían matar a una mujer o, si tenían suerte, a un hombre o dos.”

H.M. Hull. Experience of Forty Years in Tasmania (1895).
(Burenbult, 1994, 85)

Este testimonio, lejos de ser un caso excepcional, refleja el trato al que se vieron sometidos los aborígenes australianos desde la llegada de los británicos a Australia a finales del siglo XVIII. Aunque este relato procede de la isla de Tasmania, se repitieron actos similares por todo el continente. En el extremo norte de Australia, en Arnhem, su aislamiento, debido a las condiciones geográficas y climatológicas, permitió a las poblaciones aborígenes evitar, hasta bien entrado el siglo XIX, los violentos procesos de exterminio que se daban en el sur de Australia desde finales del XVIII. La ausencia de buenos puertos naturales y una vegetación de manglar en la costa, dificultaban el anclaje de barcos. La presencia de grandes ríos y humedales en las zonas costeras y la escasez de tierras altas habitables, protegidas de las frecuentes inundaciones, ralentizaron la colonización británica que, desde principios de siglo XIX, llevó a cabo diversos intentos infructuosos. El clima tropical, marcado por el monzón, y la consiguiente creación de grandes zonas inundadas durante gran parte del año propiciaba el ambiente perfecto para la presencia de enfermedades tropicales como la malaria. Aunque los británicos consideraron este territorio *Terra Nullis* o Tierra de Nadie, decenas de grupos indígenas habitaban sus costas y colinas, establecían intercambios comerciales y culturales entre ellos y desarrollaban unas sociedades dinámicas y perfectamente adaptadas a su entorno, basadas en la recolección y en la caza. Cuando se inició la ocupación europea se calcula que, sólo en la Tierra de Arnhem, existía una población de entre 35.000 y 70.000 aborígenes (Gardner, 1990).

Barcos portugueses y holandeses visitaron y exploraron esporádicamente la costa norte de Australia durante el siglo XVII contactando por primera vez con diversos grupos aborígenes (fig.1); pero habría que esperar a principios del siglo XIX para que se produjesen los primeros intentos de asentamiento en la zona, en este caso por iniciativa británica. Diversas expediciones recorrieron el territorio. En 1844, Ludwig Leichhardt cruzó gran parte de la tierra de Arnhem; Augustus Charles Gregory, en 1855, y posteriormente John McDovall Stuart, en 1862, exploraron el territorio del norte buscando pastos para futuros ranchos ganaderos (Smith, 2004). Entre 1870 y 1872, la construcción de la línea terrestre de telégrafos y el descubrimiento de oro atrajeron a numerosos colonos a la zona, nuevos habitantes que irían ocupando el territorio indígena. Un movimiento en gran medida organizado por las compañías ganaderas que pasaron a dominar miles de kilómetros cuadrados. La fundación de la actual capital, Darwin, se produce en ese momento, el 5 de febrero de 1869.



Fig. 1.- Barco europeo de dos palos pintado en un abrigo próximo a Gumbalanya por aborígenes de la Tierra de Arnhem. Foto Inés Domingo.

Pero antes de que los británicos se interesasen por la costa norte de Australia, otros contactos se venían realizando desde hacía décadas, posiblemente siglos: barcos originarios de Macassar (en la actual provincia Indonesia de Sulawesi) visitaban la zona para explotar sus recursos naturales. Desde el siglo XVIII los relatos de viajeros europeos documentan la presencia de estos barcos dedicados a la pesca del *trepang*, un gusano marino muy apreciado en los mercados asiáticos como producto alimenticio y asociado, por la tradición china, a poderes mágicos. Una flota de hasta 60 barcos acudía todos los años al norte de Australia - territorio conocido por estos pescadores como *Margae* -, recorriendo sus costas de diciembre a marzo y procesando el *trepang* en campamentos temporales terrestres. Aparte de la pesca del *trepang* los macassan intercambiaban con los aborígenes diversos productos. Harry Makarrwala, del grupo yolngu, en una entrevista con W. Lloyd Warner en 1926 relataba:

“...nuestro país tiene salida al mar en un solo lugar de la bahía de Arnhem. Fue aquí donde vimos a los macassan. Traían regalos como arroz, jarabe, calicó, hachas, piraguas, cuchillos y ginebra. Nosotros les dimos nácar, perlas, caparazones de tortuga, sándalo y otras maderas que ellos emplean en medicina. Les ayudamos a recolectar el cohombro de mar (*trepang*)” (Mundine, 2002, 43).

La presencia de los macassan parece remontarse a los inicios del siglo XVIII aunque existen evidencias históricas de que estos viajes comerciales podrían haber empezado hasta un siglo antes. La explotación comercial del *trepang* por parte de barcos indonesios perduró durante todo el siglo XIX y finalizó en 1907 cuando el gobierno australiano expulsó al último barco indonesio de sus costas. El continuo contacto a través de

los campamentos de procesamiento de este gusano marino entre dos culturas no europeas fue, en la mayor parte de los casos, pacífico y así ha quedado reflejado en la memoria oral aborigen y en diversos relatos de exploradores europeos. El escaso interés de los pescadores en ocupar permanentemente las tierras y el acuerdo entre ambos por el intercambio de bienes preciados posibilitaron unas relaciones comerciales estables que influyeron en las culturas aborígenes.

El uso de grandes canoas por parte de los aborígenes parece ser una aportación de los macassan, que introdujeron también el metal, el vidrio, las telas, las pipas y el tabaco así como diversos alimentos y el alcohol. Este dinamismo comercial tuvo su reflejo en la vida aborigen, apareciendo prácticas culturales como la talla de madera y diversos mitos, ceremonias y canciones recogidas a través de la memoria oral y de determinadas pinturas rupestres. El hecho de mantener una intensa actividad comercial durante siglos provocó el asombro de los europeos. F. Napier, en 1867, cuenta como los nativos de la bahía de Castlereag “...regateaban de forma muy dura, por unas placas de concha de tortuga que querían vender, no se sentían satisfechos con menos de un hacha” (Macknight, 1972, 308). Otro aspecto de la importante influencia macassan en el norte de Australia fue la creación de una lengua franca basada en el idioma de estos pescadores.

Este hecho llamó la atención a los primeros viajeros europeos en estas tierras, y así G.W. Earl, en 1842, comentaba “...si preguntas por vocablos, me quedo ridículamente

perplejo. Después de recoger muchas palabras, encuentro que estaba realizando un horrible patois¹ del dialecto macasar, de hecho, casi todas las palabras que los nativos utilizan con nosotros son de los macasar” (Macknight 1972, 288). Incluso hoy en día muchas palabras aborígenes proceden de esos contactos. Un ejemplo es el nombre de *balanda*, utilizado por las comunidades aborígenes de Arnhem para designar a los blancos, que viene de *hollander* (holandeses), nombre con el que los macassan designaban a todos los blancos. Las relaciones entre las dos culturas también posibilitaron el viaje de algunos aborígenes australianos a la capital de las Celebes (actual Sulawesi). “... a veces se llevaban a nuestros hombres como miembros de la tripulación. Como a mi hermano, que ya era muy viejo. Un año fue al país de Macasar. Eran hombres buenos...” (Mundine, 2002, 42).

Fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando comenzó la llegada masiva de exploradores, los primeros colonos, misioneros y administradores blancos, transfor-



Fig. 2.- Hombre blanco con sombrero y en actitud de mandar pintar en el abrigo rupestre en la Tierra de Arnhem. Foto Inés Domingo.

1.- Jerga.

mando radicalmente el modelo de vida aborígen. Las posibilidades de trabajo en los ranchos y el descubrimiento de oro provocaron que, en el último tercio del siglo XIX, el territorio del norte fuese ocupado de forma intensa y permanente por rancheros, aventureros, mineros, fugitivos y jornaleros en busca de fortuna en las “nuevas” tierras. La idea de ocupar una *terra nullis*, o tierra sin dueños, permitió desplazar a los grupos aborígenes con facilidad y la violencia hacia la población nativa formó parte de la vida en el nuevo territorio. Ernestina Hill, tras entrevistar a numerosos ganaderos, describe esa situación: “El negocio de establecer un imperio ganadero se basaba en matar. A los nuevos ranchos se traían negros para trabajar desde territorios alejados y menos problemáticos; estaban aterrados de los negros de los matorrales” (Rose, 2000, 10) (Fig. 2).

Los yarralin, que habitan la zona del río Victoria, se preguntaban “...por qué el hombre blanco no les preguntó por las tierras para poder haberles dicho que ya estaban ocupadas” y “si los blancos estaban determinados a hacer la guerra, por qué no dieron rifles a los aborígenes para que la lucha fuese igualada” (Rose, 2000, 187). Este grupo, todavía hoy, habla de cómo se sentían al ser tratados como perros por los blancos; se les podía encadenar, se les atacaba, se les podía cazar, disparar y cuando un aborígen se ponía enfermo o envejecía se le mataba, como harían los blancos con un perro herido o viejo (Bird, 2000).

Los testimonios nativos no dejan lugar a dudas; las primeras décadas de ocupación blanca del territorio se caracterizaron por las matanzas colectivas, el disparo a aborígenes, las palizas y los envenenamientos. Los aborígenes conocen estos años como “*killling times*”². David Daymirringu, del grupo yolngu, relata un ataque a la tribu walaki : “...los ganaderos, tanto negros como blancos, rodearon la selva y, a medida que se acercaban comenzaron a descargar sus armas contra los aborígenes que estaban en los árboles (escondidos). Asesinaron a todos, salvo a un sólo hombre que había trepado muy alto, tan alto como pudo: él fue testigo de toda esa masacre” (Mundine, 2002, 44). Este exterminio también aparece reflejado en la memoria oral cuando George Jaudaku recuerda: “Antes de que yo naciera había mucha gente en este país. La gente (blancos) disparaba a la gente (aborígenes). En esta parcela, los blancos solían perseguir y dispararles” (Smith, 2004, 15). En diversas zonas los aborígenes consiguieron articular una resistencia violenta a esa invasión creando zonas denominadas por los blancos “*bad nigger country*”³.



Fig. 3.- Baldwin Spencer junto a un grupo de ancianos arrente en el centro de Australia en 1896. Victoria Museum, Melbourne. Australia.

2.- Tiempos de matanzas.

3.- Tierra de negros peligrosos

Las escasas muertes de blancos a manos de aborígenes tuvieron represalias inmediatas en forma de ataques a comunidades enteras. Lindsay Crawford, administrador de un rancho en 1895 explicaba: "...durante los últimos 10 años, de hecho desde que el primer blanco se instaló aquí, no hemos mantenido ninguna comunicación con los nativos, excepto con el rifle. Nunca se les permitió estar cerca de este rancho o de las estaciones ganaderas, son demasiado traidores y belicosos" (Rose, 2000, 13).



Fig. 4.- Hombres gaagudju en ritual funerario o *moolil*, los cestos y otras posesiones de la difunta aparecen colgados de los árboles. Fotografía de Baldwin Spencer (1912). Victoria Museum, Melbourne. Australia.

La consecuencia de esta etapa de violencia fue el exterminio, en algunas zonas, de grupos enteros de indígenas, como los karangpurru o los bilinara. Junto a las masacres perpetradas por los blancos, el contagio de enfermedades y los enfrentamientos entre grupos aborígenes acabaron por eliminar, en grandes áreas, al 90 % de la población nativa.

A principios del siglo XX, los misioneros, en su intento de cristianizar, "pacificar" y sedentarizar, crearon misiones por toda la región transmitiendo a los aborígenes mensajes como: "Rezad a

Dios. No estéis en el lado que ha perdido. Venir al lado ganador" (Rose, 2000, 190) ocasionando así profundos cambios en las formas de vida tradicionales.

Es en este escenario de violencia, ocupación y control del territorio cuando Walter Baldwin Spencer y Frank Gillen realizaron el que se convertiría en el primer estudio etnográfico de campo del Territorio del Norte, en 1901. Baldwin Spencer se había graduado como biólogo en Oxford y tras un período de formación en Inglaterra viajó a Australia para participar en la Expedición Científica Horn, la primera expedición realizada para estudiar la historia natural del centro del país, como zoólogo y fotógrafo. Allí conoció al que sería su compañero de viajes, Frank Gillen, jefe de la estación de telégrafos de Alice Spring y etnólogo aficionado. Ya antes habían realizado un trabajo de campo etnográfico, con los arrennte, en el centro de Australia (fig. 3). Publicaron sus investigaciones en el volumen "*The Native Tribes of Central Australia*" (1899), obra clásica de la etnografía australiana. La documentación obtenida en este estudio sigue siendo una referencia clave por su calidad e interés etnográfico (Batty *et alii*, 2005). Spencer y Gillen trataron de mostrar, a través de la fotografía, no sólo a personas y objetos, sino también ceremonias y escenas de gran dinamismo. En el viaje al territorio del norte recorrieron de sur a norte la zona, realizando las primeras películas y grabaciones etnográficas y documentando la cultura material y los ciclos ceremoniales de numerosas comunidades (fig. 4).

En su segundo viaje al norte de Australia en 1911, y formando parte del gobierno de la Commonwealth como asesor en la gestión de los asuntos indígenas, Baldwin Spencer tuvo la oportunidad de visitar numerosas comunidades aborígenes en las diferentes cuencas de los ríos, la costa y diversas islas. Su profundo conocimiento de las culturas estudiadas, su reconocida admiración por los grupos aborígenes y la participación de colaboradores locales que poseían conocimientos de las lenguas nativas le permitieron establecer unas fluidas relaciones con numerosos ancianos que le introdujeron en un mundo religioso y ceremonial hasta entonces inaccesible para los occidentales. Su trabajo en esta zona fue publicado en 1904 con el título de “*The Northern Tribes of Central Australia*” con el objetivo de documentar unas culturas que, en su opinión, estaban destinadas a desaparecer. Esta idea, junto a la certeza de que estas poblaciones representaban una versión deshumanizada de un estadio temprano en el desarrollo social humano fueron, en gran parte, fruto del darwinismo social característico del período colonial (Mulvaney, 1990, 33-36).

El Bajo Omo (Etiopía)

“Incluso los guerreros retrocedían ante nosotros con gran aversión, aparentemente no por miedo o timidez, sino por antipatía. Algo de tabaco de primera calidad, que ofrecí a un hombre, fue rechazado con indignación, a pesar de que todos los reshiat son aficionados a mascar tabaco y tomarlo aspirado. El sentimiento de repulsión, no obstante, pronto pasó y por la tarde unos doscientos hombres y mujeres llenaron los alrededores y el interior del campamento, tocando y observando todas las cosas nuevas para ellos”.

(Höhnel, 1894, 157)

El valle del río Omo, en el sudoeste etíope, está situado en una zona de transición entre las sabanas del Sudán, al oeste, las áridas estepas de Kenia, al sur, y las montañas etíopes, al norte. A lo largo de la historia diversos movimientos migratorios han supuesto la llegada de la ganadería, la domesticación de diversas especies vegetales o la metalurgia a esta zona. Hoy en día, el valle del Omo es una babel de etnias y lenguas, uno de los espacios culturales más ricos de África.

A finales del siglo XIX y en plena carrera colonial, la zona del río Omo fue escenario de diversas expediciones dirigidas por europeos y americanos. La pugna entre las distintas potencias por afianzarse en el continente africano y el desconocimiento del curso y desembocadura del Río Omo fueron los motivos que incentivaron estas exploraciones. Aunque no fueron los únicos, también en este período, el Emperador Menelik II intentó someter, a través de diversas campañas militares, la región a la monarquía Abisinia.

Podemos reconstruir ese primer contacto entre los occidentales y los habitantes del valle. Si bien los encuentros están documentados a partir de finales del siglo XIX, anteriormente, comerciantes de marfil de origen africano recorrieron la zona durante décadas, intercambiando diversos productos como cuentas, cobre, etc., con los pueblos indígenas.

El conde húngaro Samuel Teleki y el oficial naval y cartógrafo austriaco Ludwig von Höhnel fueron los primeros occidentales que llegaron a la zona en 1887,

en una expedición promovida desde el Imperio Austrohúngaro. La expedición, que, llegando desde el sur (actual Kenia), “descubrió” para occidente los actuales lagos Turkana (bautizado lago Rodolfo en honor al príncipe heredero del Imperio Austrohúngaro) y Chef Bahir (Lago Estefanía), tenía un interés eminentemente geográfico y cinegético y consideró a los pueblos que habitaban la zona como una parte

más del paisaje africano. Sólo cuando establecieron relaciones con un grupo no contactado hasta el momento por occidentales, los reshiat (actualmente conocidos como dassanech, en el bajo río Omo), se evidenció la importancia del suceso para los europeos. Los hechos ocurrieron el miércoles 4 de abril de 1888:



Fig. 5.- Grabado titulado “escena de campo entre los reshiat” que muestra a Hönel y Teleki junto a varios dassanech. Publicado originalmente en “Ostäquatorial Afrika zwischen Pangani und dem neuentdeckten Rudolf-see” (1890).

“Este fue quizás el día más interesante de todo nuestro viaje, ya que ahora estábamos por primera vez cara a cara con gente totalmente desconocida. Y la forma en la que estos nativos, que habían vivido tranquilamente lejos del resto del mundo hasta ahora, nos recibieron en este primer día de llegada fue tan simple y tan diferente a las

experiencias relatadas por los viajeros africanos que no podíamos sobreponernos a nuestro asombro” (Höhnel, 1894, 155) (fig. 5).

Inmediatamente se iniciaron intercambios comerciales. La expedición necesitaba de abundantes alimentos pero, para su sorpresa, los reshiat no se mostraron entusiasmados “El hierro no tenía valor, no se interesaban por nuestras cosas, y pensaron que nuestras pequeñas cuentas eran semillas. La única cosa que les llamaba la atención eran las grandes cuentas azules “ukuta”, las cuales, a pesar de que no las habían visto antes, las llamaron inmediatamente Tcharra o Tchalla.” (Höhnel, 1894, 157). Estas dificultades para comerciar con los reshiat, con artículos totalmente desconocidos para ellos, se describen en diversos momentos del relato, siendo causa de sorpresa y malestar en Teleki y Hönel “A pesar de la variedad y calidad de las mercancías que habíamos traído para comerciar no fuimos capaces de comprar nada aquí excepto dhurra (harina de sorgo), pescado, leche, y algunas bagatelas, no porque a los reshiat les importara comerciar con su ganado sino porque a ellos no les interesaba nada de lo que les ofrecíamos a cambio.” (Höhnel, 1894, 167). La actitud poco receptiva de los reshiat queda bien reflejada en la respuesta de uno de los ancianos, recogida por Höhnel: “No queremos vuestro hierro.....vuestras cosas no valen nada y vuestras cuentas son demasiado pequeñas ” (Höhnel, 1894, 174). Las descripciones que realizan los expedicionarios nos permiten conocer diferentes aspectos de la vida

cotidiana de los dassanech a finales de siglo XIX. “Poseían miles de cabezas de ganado vacuno, cabras, ovejas y cientos de burros... Cultivaban un poco de tabaco de baja calidad, ya que podían comprar uno barato y de mejor calidad a sus vecinos más cercanos. Ambos sexos son aficionados a mascararlo. El café es comprado a los aro (actualmente conocidos como ari) a través de intermediarios kerre (o karo). El total de la población reshiat es de unas 2.000 a 3.000 personas...” (Höhnel, 1894, 167). Gracias a este relato disponemos también de las primeras referencias a los diversos grupos étnicos que poblaban la zona: los marle (hoy asimilados en el grupo nyantiangyon), los amárr (conocidos hoy como hamer), los bachada (bashada), los yurkana, los buma (bume), los budu, los kerre (karo), los murdu/murzu (mursi), y los borana, entre otros (Höhnel, 1894, 168-169) (fig. 6). Si bien todo el relato está impregnado de una actitud colonial basada en la superioridad del hombre blanco, Ludwig von Höhnel resalta algunos aspectos “positivos” de los danassech. La capacidad oratoria del interlocutor principal de los danassech así como la conducta general de los mismos impresionan a Höhnel “Estaba dotado no solo de un sorprendente autocontrol, sino de una cabeza extremadamente clara y con habilidades diplomáticas” (Höhnel, 1894, 173). “No intentaron mendigar o robar, no eran ni impertinentes ni tímidos, y tuvieron este comportamiento satisfactorio del primero al último” (Höhnel, 1894, 163). Las fuertes tensiones con los danassech que les impedían cruzar su territorio, tensiones que llegaron casi a un enfrentamiento armado, obligaron a la expedición a regresar hacia el sur. Las últimas palabras de un anciano, interlocutor con la expedición fueron, por si tenían intención de volver: “No olvidéis las cuentas tcharra” (Höhnel, 1894, 208).

Siete años después de la expedición austrohúngara, el médico norteamericano A. Donaldson Smith organizó, con fondos privados propios, diversos viajes cinegéticos y de exploración por la zona, aunque sin claros objetivos científicos. Fue el primer occidental en llegar al lago Turkana desde la vecina Somalia, en 1895 y en su camino estableció contacto, por primera vez, con diversos grupos étnicos del sudoeste etíope. El relato de Donaldson *Through unknown African countries* refleja la actitud, general en la época, de superioridad tanto con los habitantes de la zona “...los salvajes no tienen un gran dominio del lenguaje, expresando sus emociones con pantomimas, acompañando cada gesto con exclamaciones ruidosas.” (Grinke, 2007, 130), como con los hombres de su propia expedición “...los otros cuatro gurkas (etnia del norte de la India) tenían rajput u otra sangre en sus venas, y es con remordimiento que los mirase como a seres humanos” (Donaldson, 1900, 602). Su contacto con los habitantes del Omo aparece marcado por este continuo intento de demostrar la superioridad del hombre blanco mediante el uso de armas de fuego, cohetes y demás adelantos tecnológicos (fig. 7). Gracias a la memoria oral arbore tenemos un relato de ese primer contacto. Horra Surra, anciano de esta etnia, relata:



Fig. 6.- Grabado de una mujer buma (actualmente conocidos como bume) en el que se aprecia el plato labial. “Ostäquatorial Afrika zwischen Pangani und dem neuentdeckten Rudolf-see” (1890).

“...ellos (arbore) se aproximaron y vieron al hombre blanco y a sus acompañantes. Se quedaron parados en el lugar, pero el hombre blanco les indicó que se acercasen. Ellos lo hicieron... El hombre blanco les pidió que le enseñasen como utilizaban el arco y las flechas para matar animales salvajes.... La flecha fue un poco corta para alcanzar al animal salvaje. Repitieron la acción y, otra vez, la flecha no alcanzó al animal salvaje.

Entonces, el hombre blanco sacó su rifle, apuntó a las cabras salvajes, disparó y las mató. De nuevo apuntó a otra cabra y la mató también. ¡Veis esto! Se jactó el hombre blanco. Los arbore asintieron, “Sí. Estaban impresionados por las acciones del hombre blanco” (Grinke, 2007, 134).



Fig. 7.- Jóvenes mursi junto a la ribera del Omo, fotografía tomada durante la segunda expedición de Donaldson, en 1899 y publicada en *The Geographical Journal* en 1900.

Donaldson describió un ataque por parte de los arbore a raíz de las tensiones surgidas entre la expedición y este grupo étnico. La escaramuza provocó numerosas bajas entre los arbore, que desconocían el poder de las armas de fuego. Este ataque perdura en la memoria oral arbore siendo una de las historias más repetidas entre los hor, uno de los clanes de esta etnia:

“...el hombre blanco era blanco como el ganado y tenía un palo de fuego rojo. Los de Marle (poblado hor) oyeron que desde Gandarab y Kulam (también poblados hor) habían enviado ancianos y pensaron que habían comenzado a saquear el campamento. Para no ser superados, desde Marle se enviaron guerreros para saquear. Cuando los guerreros marle llegaron, se estaban disparando tiros. Como ellos no conocían las armas de fuego, pensaron que se estaban golpeando tambores. Entonces descubrieron que algunos tenían disparos en las piernas, otros disparos en el estómago, y vieron como arrastraban los intestinos” (Miyawaki, 2007, 189).

Donaldson, posteriormente, saqueó el poblado más cercano para conseguir alimentos.

Casi al mismo tiempo, en 1896, el oficial del ejército italiano Vittorio Bottego dirigió la expedición que situó geográficamente el curso del río Omo y su desembocadura en el lago Turkana, dándose a conocer como el “descubridor del Omo”. Esta expedición compuesta por cientos de hombres y 160 mulas de carga (Giansanti, 2004, 42), recorrió la región tomando datos geográficos, biológicos y etnográficos. Muchos de los pueblos, afectados por razzias abisinias, les recibieron violentamente como recoge Bottego en su relato del viaje “¿Qué habéis venido a hacer a este país?” Bottego respondió que eran *frenji* (extranjeros) y le replicaron “Nosotros no conocemos a los frenji. No queremos ver a ninguno, ni dejarles libre el paso. Venid, si tenéis coraje, a hacernos la guerra. Venid aquí, que conoceréis nuestras lanzas” (Vannutelli y Citerni, 1899, 294).

A esta expedición también le debemos descripciones de diversos pueblos del valle del Omo como los mursi:

“Las mujeres son sucias y feas, van completamente desnudas, excepto por los costados, que cubren con un estrecho pedazo de piel. Se encuentra alguna con grandes agujeros

en la oreja o en el labio inferior, donde ponen discos de madera de un diámetro de aproximadamente cinco o seis centímetros. Estas tribus salvajes tienen hábitos detestables y costumbres bestiales; sin embargo no son de índole feroz, ni son tan belicosas como los montaraces pero en compensación los hábitos de emboscadas en los bosques y la instintiva malicia los convierten en ladrones audacísimos. Si la caza y la pesca son para ellos verdaderos oficios, la agricultura y el pastoreo no están del todo descuidadas: donde encuentran pequeñas y espesas zonas a orilla del río cultivan a duras penas. Comen hasta cebarse, raíces y tubérculos que recogen en los bosques, donde algunas veces encuentran colmenas pegadas a los árboles. En cuanto al ganado, apenas poseen unas pocas cabras y bueyes” (Vannutelli y Citerni, 1899, 323).

Bottego moriría violentamente durante esta expedición pero sus acompañantes, Vannutelli y Citerni, consiguieron volver a Italia, tras meses de cautiverio. Una vez en su tierra natal, publicaron la memoria de la expedición en la se ponía fin al misterio del curso del río Omo, aportando una información geográfica, etnográfica, zoológica y botánica sobre la zona de gran valor documental.

Con objetivos radicalmente distintos al de las expediciones occidentales, el ejército abisinio realizó una serie de campañas militares en el sudoeste etíope para ocupar y controlar el territorio al norte del lago Turkana. Para una de estas primeras campañas de anexión, la de 1898, contamos con el relato de Alexander Bulatovich, un militar ruso que formó parte del ejército dirigido por Ras Welde Giyorgis para el emperador Menelik II, con órdenes de afianzarse en el Lago Rodolfo (Lago Turkana) (Collins, 1961). Bulatovich describió a diversos pueblos del Omo, “Los hombres y las mujeres se adornaban con brazaletes de hierro, pendientes de cobre, de los cuales podía haber hasta siete en cada oreja. Las mujeres, además, llevaban un collar compuesto por varias tiras, hecho de huesos de pájaros y cocodrilos finamente moldeados, o de cuentas de arcilla, entre las que resaltan cuentas europeas azules y blancas” (Bulatovich, 2000, 342). En su relato también refleja las opiniones de las tropas que le acompañan, de origen amárico (habitantes del altiplano etíope) sobre los habitantes del Omo: “Son animales salvajes, comen carne de elefantes y de lagartos. Prácticamente no siembran grano” (Bulatovich, 2000, 311). Y también, la opinión que de los occidentales tenían los habitantes del Omo: “...los guchumba (europeos-extranjeros para Bulatovich) llegaron desde el sudeste. Montaron un campamento al lado de un poblado jufa, y estuvieron muchos días pidiendo, bajo amenaza de sus armas de fuego, que se les diese pan de forma gratuita. Se fueron hacia el noroeste.” Bulatovich continúa explicando “Como descubrimos más tarde, todas las tribus desde aquí al lago Rodolfo llaman a los europeos “guchumba” que literalmente significa vagabundos” (Bulatovich, 2000, 310).

Esta invasión y las continuas *razzias* abisinias posteriores dejaron una profunda huella en los pueblos del valle del Omo. Berimba, un anciano hamer, explicaba en un relato recopilado por Ivo Strecker esos tiempos de crisis:

“Niños, mirad esta tierra. Yo ya soy anciano. Cuando aún éramos jóvenes, los enemigos vinieron y el Emperador Menelik nos conquistó. Así es como nos convertimos en pobres. Nuestros antepasados se perdieron entonces. Es por eso que no conozco las familias de los hijos de nuestros ancestros... realmente tampoco conozco quienes son

con los que deberíamos casarnos. Preguntamos las cosas a los ancianos, a los pocos ancianos que aun conocen las antiguas conexiones. Algunos no sabían la verdad, y no les escuchábamos. Solo escuchábamos a lo que coincidía con lo que habíamos oído de nuestros padres” (Strecker, 2006, 153).

La resistencia de diversos grupos étnicos frente a esta invasión militar acabó en fracaso por la superioridad de las armas de fuego abisinias. Cientos, si no miles, de habitantes de la zona fueron asesinados o esclavizados, multitud de poblados destruidos y miles de cabezas de ganado requisadas. Muchas comunidades indígenas desaparecieron o se vieron obligadas a emigrar. A principio del siglo XX se creó la primera administración estatal de la zona.

Tierras Altas de Papúa (Indonesia)

*Al principio estaba el Agujero
Del Agujero salieron los hombres dani
Se asentaron en las tierras fértiles alrededor del Agujero
Entonces vinieron los cerdos. Los dani cogieron a los cerdos
y los domesticaron.
Después vinieron las mujeres, y los dani cogieron a las mujeres
Entonces del Agujero salieron otros hombres –portugueses,
españoles, holandeses, japoneses, americanos.
No había espacio para ellos alrededor del Agujero,
Así que se esparcieron por todo el globo
En búsqueda de tierras tan buenas como la de los dani
Pero nunca las encontraron.
Ahora regresan de nuevo*

(Mieselas, 2003, 3)

La isla de Nueva Guinea se encuentra dividida en dos administraciones independientes: la parte occidental - Papúa - bajo el dominio colonial de Holanda hasta 1963, y hoy bajo control indonesio, y una parte oriental - Papúa-Nueva Guinea - ocupada hasta la Primera Guerra Mundial por Alemania y, posteriormente, por Inglaterra y Australia, hasta lograr su independencia en 1975. Esta división artificial de la isla, tan habitual en el periodo colonial, conllevó multitud de expediciones y otros contactos entre las autoridades coloniales, viajeros, comerciantes, etc, y las numerosas comunidades que la habitan. Los habitantes de la costa tuvieron contactos muy tempranos con los occidentales, ya en el siglo XVI, sin embargo, las tierras del interior se mantuvieron rodeadas de un halo de misterio hasta principios del siglo XX.

Los cerca de 100.000 dani que habitan las Tierras Altas de Papúa son uno de esos pueblos del macizo central “desconocidos” para occidente hasta bien entrado el siglo XX. La mayor parte de los grupos culturales de las Tierras Altas centran su economía en la agricultura intensiva y la cría de cerdos, como se refleja en la leyenda citada anteriormente. El cultivo de la batata, alimento básico de la dieta, junto a multitud de

tubérculos, vegetales y hortalizas, condicionan el paisaje del país dani cuyo territorio, atravesado por el caudaloso río Baliem y sus afluentes, se encuentra organizado en pequeños poblados y numerosos campos de cultivos.

Las costas de Nueva Guinea fueron descritas por primera vez en los relatos de capitanes y cronistas portugueses y españoles del siglo XVI, aunque desde hacía siglos estas costas eran visitadas frecuentemente por comerciantes chinos, malayos y navegantes del reino de Java. La búsqueda del *trepang*, de conchas de tortugas, aves del paraíso y maderas preciosas motivaron el interés comercial de estos viajes y las frecuentes relaciones comerciales. (Pétrequin, 2006, 165) Posteriormente, y a partir del siglo XVI, parte de sus costas estuvieron en la órbita del Sultanato de Tidore, aliado de los españoles en el control de las islas de las especias. Las actividades comerciales de dicho sultanato provocaron la creación de unas redes comerciales estables entre las costas de Papúa occidental y las islas Molucas.



Fig. 8.- Grupo de hombres dani realizando una empalizada en uno de los campamentos de R. Archbold en las Tierras Altas. American Museum of Natural History. 1938.

Numerosos viajeros europeos, atraídos por el exotismo del paisaje y sus habitantes, visitaron las costas de la isla durante los siglos XVII y XVIII aunque no será hasta el siglo XIX cuando se adentren en la isla las primeras expediciones (Millar, 1996). Tanto las autoridades coloniales holandesas como las australianas realizaron, en las tres primeras décadas de siglo XX, un enorme esfuerzo y despliegue de medios para explorar y controlar las tierras y los habitantes del interior de la isla. La autoridad colonial holandesa, por ejemplo, envió más de cien expediciones con la intención de obtener todo tipo de información sobre el interior de la colonia. A pesar de ello, algunos territorios como el valle del Baliem, centro del territorio dani, nunca fueron explorados (Muller, 2001).

La imagen de “mundo perdido” que aun hoy perdura sobre el interior de Papúa se remonta a esos tiempos. Sin embargo los diversos grupos indígenas que pueblan las Tierras Altas de Papúa han mantenido durante siglos relaciones estables y dinámicas entre ellos, creándose fluidos circuitos de intercambio que han permitido la circulación de objetos, productos y conocimientos desde la costa hacia el interior y viceversa. La presencia de conchas marinas y cauris en poblados de las tierras altas a cientos de kilómetros de la costa y en valles inaccesibles, a más de 2.000 m sobre el nivel del mar, o la llegada y rápida difusión de la batata, de origen americano, en el siglo XVII son muestras de ese dinamismo comercial muy alejado de la visión occidental de mundo aislado. El zoólogo australiano Tim Flannery describía, en 1990, un ejemplo de este comercio hoy en decadencia: “. . .nos

encontramos con un grupo de viajeros lani. Dos hombres adultos y dos jóvenes venían de Iлага, con sal y plumas de aves e iban a venderlo todo en el mercado de Wamena... la sal debían haberla obtenido en algún depósito de agua salobre... las plumas, la mayoría pertenecientes a loros y aves del paraíso, estaban envueltas en haces de hojas secas, colocados luego en tubos de bambú” (Flannery, 1998, 245) (fig.8).



Fig. 9.- Danza ceremonial dani. Los hombres, armados con arcos y flechas, bailan y cantan en círculos. Expedición de Archbold. American Museum of Natural History. 1938.

No es hasta el año 1938, con la expedición del zoólogo y multimillonario Richard Archbold que Occidente tiene, por primera vez, conocimiento sobre los dani. Como él mismo cuenta en su relato, publicado en el año 1941 en la revista *National Geographic*: “Mi tercera expedición a Nueva Guinea se organizó para realizar una exhaustiva investigación de la prácticamente desconocida cara norte de las Montañas Nevadas en la segunda isla más grande del mundo” (Archbold, 1941, 315). El patrocinio de la expedición corrió a cargo del American Museum of Natural History de New York y el viaje

tenía como principal objetivo documentar y conseguir especies zoológicas y botánicas.

La expedición contaba con casi 200 personas entre porteadores dayaks de Borneo y convictos indonesios independentistas, soldados coloniales, varios oficiales holandeses y un equipo norteamericano formado por un ornitólogo, un botánico, un zoólogo, dos pilotos y varios técnicos necesarios para hacer funcionar la principal novedad de la expedición: un hidroavión con gran capacidad de carga que permitió el amerizaje en el lago Habbema, en pleno macizo central de Papua. El 23 de junio de 1938 avistaron por primera vez el valle del Baliem y los campos de cultivo dani: “Desde el aire los huertos, zanjas y vallados de los nativos aparecían como un paisaje rural del centro de Europa. Nunca en toda mi experiencia en Nueva Guinea había visto algo comparable” (Archbold, 1941, 316). Los primeros contactos con las poblaciones de las tierras altas estuvieron marcados por la curiosidad mutua “...aparte del protector de pene, brazaletes, pulseras y una basta red de malla en la cabeza de uno de ellos, nuestros visitantes estaban desnudos” (Archbold, 1941, 321) (fig. 9). La expedición, interesada en conseguir especímenes zoológicos y botánicos, inició intercambios comerciales con los dani

“...trajeron bananas, batatas y a menudo traían cerdos para comerciar. Los utensilios de acero no les interesaban tanto como las conchas o los espejos como medio de inter-

cambio. Aparentemente consideraban sus utensilios de basta piedra como muy superiores... no les costó mucho, sin embargo, conocer nuestro mayor interés. No tardaron en traernos mamíferos, pájaros e insectos a cambio de conchas.” (Archbold, 1941, 332) (fig.10).

Mientras tanto las columnas dirigidas por los militares holandeses recorrieron todo el valle de Baliem, verdadero centro político y espiritual del territorio dani. Al atravesar diferentes territorios de grupos rivales se produjeron momentos de tensión “Sin poder evitar parar nuestra marcha, hicieron una barrera humana de cinco filas a través del camino, de pie, hombro con hombro. La situación era tensa, pero Teerink la solventó con algunas palabras directas y miradas amenazadoras dirigidas a aquellos que parecían estar al mando” (Archbold, 1941, 324). Esta versión oficial no recoge el disparo y muerte de un hombre dani a manos de un soldado bajo el mando del Capitán Teerink. Este episodio aparece reflejado en los diarios privados de los oficiales al mando pero no en el relato de Archbold que aceptó no comunicar esta muerte a cambio de obtener permiso para seguir trabajando en Papúa (Mieselas, 2003, 12-13).

Para los grupos culturales que vivían en las Tierras Altas la llegada de los hombres blancos tuvo una interpretación cosmológica. Unos seres, blancos, llegaban caminando desde lugares desconocidos. La confusión inicial daba paso, en la mayor parte de los casos, al miedo y la curiosidad. Muchos grupos tribales pensaron que se trataba de héroes mitológicos o ancestros desaparecidos que volvían a las tierras de sus orígenes (Schieffelin y Crittenden, 1991, 3).

También en los años treinta, y a unos 350 km al este del territorio dani, otra expedición occidental contactaba con diversas culturas de las Tierras Altas, esta vez en la parte controlada por Australia. Tenemos, gracias a la memoria oral de Huwlael Hunmol, de Laerop Minina y otros miembros del grupo wola, la descripción de su reacción tras la llegada de esta expedición, dirigida por Hides y O'Malley “¡Oh!, hay algo viniendo, algo muy extraño acercándose desde allá. Dicen que son espíritus ancestrales llegados para comernos. Algunos de nosotros huímos temerosos hacia el bosque, mientras que otros dijeron que irían a echarles un vistazo” (Schieffelin y Crittenden, 1991, 147). “Hay cosas viniendo, haciendo casas y desmontándolas (tiendas de campaña) mientras se acercan. Están viniendo por la senda ahora. Tienen la piel blanca. Con sus cuerpos cubiertos, y ¡¡¡¡hay hombres negros con ellos también (porteadores)!!!!” (Schieffelin y Crittenden, 1991, 149).

A estos primeros encuentros, de finales de los años 30, sucedió un período marcado por la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, que impidió la llegada de occidentales a las tierras altas. Los pilotos estadounidenses destinados a la base de Jayapura, capital de la región al norte de la isla, realizaban vuelos de placer sobre el valle de Baliem, “...a veces en picados bajos para asustar a los dani y verlos correr y esconderse” (Mieselas, 2003, 16). Acabada la guerra empezaron a llegar misioneros y administradores holandeses. Los misioneros, en su intento evangelizador, construyeron pistas de aterrizaje en diversos lugares que les permitía contactar incluso con las comunidades más apartadas y así, en 1954, se instalan los misioneros protestantes de la Alianza Cristiana Misionera (CAMA) y, en 1955, la Misión Cristiana Australia-

Pacífica (APCM) y la Sociedad Misionera Bautista Australiana. En un segundo momento, y a partir de 1959, comienzan a llegar los misioneros católicos con lo que el valle y las zonas adyacentes se dividen en áreas de influencia de las diversas iglesias occidentales. Por su parte, las autoridades holandesas centraron sus esfuerzos en pacificar las comunidades dani y acabar con los conflictos tribales que mantenían la región en un permanente estado de guerra.



Fig. 10.- Aves del paraíso y “lingotes” de sal en el mercado dani de Wamena. Año 2007.

Las transformaciones iniciadas por los misioneros intentaban cambiar la cosmovisión dani, y así, en un intento claro de eliminar sus creencias introdujeron el concepto de alcanzar la vida eterna como recompensa por la quema de las posesiones “tradicionales”. Con ello provocaron la destrucción masiva de los denominados “fetiches” o *kukuwak* en prácticamente todo el territorio dani. En 1960 cerca de la misión de Patv-paka:

“...se realizaron quemas masivas de grandes cantidades de cultura material, tanto objetos de uso cotidiano como aquellos con significado mágico-religioso. Entre los objetos quemados había: arcos, flechas, lanzas, gorros de piel y plumas, corazas de tejido trenzadas, diademas de plumas de casuarios (sacudidos durante los bailes), hachas y azuelas de piedra, *je* – que son piedras pulidas usadas como pagos en bodas y funerales – y cristales de cuarzo cuyo uso esta documentado en la magia negra” (O’Brien, 1962, 59).

Las actitudes entre las distintas comunidades dani con respecto a los primeros misioneros variaban entre darles la bienvenida o intentar matarlos, como sucedió en diversas ocasiones. Los términos con los que los dani denominaban a los sacerdotes son elocuentes, *mbabi* que significa “enemigos” y *kugi* palabra usada para denominar a “los espíritus” (Bensley, 1994, 21-23).

La primera gran expedición con objetivos etnográficos, organizada por el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology adscrito a la Harvard University, llegó en el año 1961. Robert Gardner y Kart G. Heider, en la publicación *Gardens of War*, mencionaban que “...en la década de sus infrecuentes relaciones con el mundo exterior, los dani habían adquirido una reputación de comportamiento hostil e incluso traicionero, particularmente en sus contactos con los misioneros y oficiales del gobierno” (Gardner y Heider, 1974, 3). En ese momento, 20 años después del primer contacto “no había una sola comunidad dani, no importa lo remota o independiente que fuese, que no hubiera oído hablar sobre los hombres blancos que habían venido a vivir en su valle” (Gardner y Heider, 1974, 5). *Gardens of War* se presentó como “el primer

documento fotográfico de una tribu de granjeros-guerreros de la Edad de Piedra, de neolíticos que viven en las Tierras Altas centrales de Nueva Guinea” (Gardner y Heider, 1974). Los dani conocían a los occidentales con el nombre de *waro*, que en su lengua significa “reptiles”.

El impacto de los primeros contactos, descritos en el artículo, y la consiguiente llegada de nuevos modelos políticos, económicos y culturales, transformó radicalmente las comunidades indígenas. Desde Occidente, presentando a los diferentes grupos étnicos del norte de Australia, Papúa y el río Omo como “salvajes” o “prehistóricos”, se justificaron sus conquistas y el control de sus territorios. Hoy en día esa lucha de intereses continúa produciéndose en estos lugares.

En las tres áreas tratadas los habitantes nativos son objeto de un profundo racismo por la mayor parte de la sociedad. Tanto en la actual Etiopía, como en Indonesia, estos grupos indígenas son vistos como “curiosidades” susceptibles de ser transformadas por el bien del país. El mensaje es claro, un país moderno no puede permitir que parte de su población viva en la “prehistoria”. Incluso en un país como Australia, ejemplo de “desarrollo”, los aborígenes no vieron reconocido su derecho a la posesión tradicional de la tierra hasta 1972 y no pudieron ejercer el derecho a voto hasta 1967.

Las transformaciones vividas por las comunidades indígenas han sido, y continúan siendo, múltiples, y la adaptación a esos cambios muy diversa, tanto en los aspectos individuales como en los comunitarios. Esa “modernización” a menudo ha chocado con los intereses de dichas comunidades, que han articulado, ya desde el primer momento, distintos modelos de resistencia.

Bibliografía

- BATTY, P., ALLEN, L. y MORTON, J. (2005): *The photographs of Balwin Spencer*. The Miegunyah Press, Melbourne.
- BENSLEY, J. (1994): *The dani church of irian jaya and the challenges it is facing today*. Monash Asia Institute, Monash University, Melbourne, www.papuaweb.org
- BONTE, P. e IZARD, M. (2005): *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*. Akal, Madrid.
- BRID, D. (2000): *Dingo makes us human*. University Press, Cambridge.
- BULATOVICH, A. K. (2000): *Ethiopia Through Russian Eyes Country in Transition 1896-1898*. (Trad. de Seltzer, R.). The Xarxa Siga Press, Lawrenceville, Nueva Jersey.
- BURENBULT, G. (1994): *Supervivencia en el mundo moderno, pueblos primitivos hoy en Asia y Oceanía*. Debate, Barcelona.
- COLLINS, O. R. (2006): «The Turkana Patrol of 1918 reconsidered». *The Uganda Journal*, vol. 25, núm.1, 16-33.
- DONALDSON, A.S. (1900): «An Expedition between Lake Rudolf and the Nile», *The Geographical Journal*, vol. 16, núm. 8 (Des. 1900), 600-624.
- ELKIN, A. P. (1951): «Reaction and Interaction: a food gathering people and European settlement in Australia». *American Anthropologist*, 53.
- FLANNERY, T. (1998): *A pie por Nueva Guinea e Irian Jaya*. Ed. Península, Barcelona.
- GARDNER, P. (1990): *Aboriginal people in the Northern Territory*. Government Printer of the Northern Territory, Darwin.
- GARDNER, R. y HEIDER, K. G. (1974): *Gardens of War. Life and death in the New Guinea Stone Age*. Penguin Book Ltd., Victoria.
- GIANSANTI, G. (2004): *Lejana África*. Circulo de Lectores, Barcelona.

- GIRKE, F. (2006): «Two “first contact” situation in southern Ethiopia», en *The perils of face: Essays on cultural contact, respect and self-esteem in southern Ethiopia*. Mainzer Beiträge zur Afrika-Forschung, Berlin.
- GOZÁLBEZ, J. y CEBRIÁN, D. (2003): *Etiopía: Un rostro con tres miradas*. Alcoy.
- HEIDER, K. (1997): «Grand Valley Dani. Peaceful Warriors». *Case Studies in Cultural Anthropology*. Harcourt Brece College, Fort Worth, Texas.
- HÖHNEL, L. von (1894): *Discovery of Lakes Rudolf and Stefanie*. (Traducción de N. Bell; reeditado por F. Cass, el 1968) Longmans Greens, Londres.
- LARSON, G. F. (1962): «The fetisch burning movement among the Western Dani Papuans», *Working Papers in Nativistic movements*, nº 1, Bureau of Native Affairs, United Nation's Temporary Executive Authority in West New Guinea, West Irian, Jayapura, 54-58. www.papuaweb.org
- LEE, R. B. y HEYWOOD, R. (1999): *The Cambridge Encyclopedia of Hunters Gatherers*. Cambridge University Press, Cambridge.
- LYDALL, J. y STRECKER, I. (1979): *The Hamar of Southern Ethiopia II. Baldamo Explains*. Göttingen: Arbeiten aus dem Institut für Völkerkunde der Universität zu Göttingen – Band 13, Hohenschäftlarn Haus.
- MACKNIGHT, C. C. (1972): «Macassans and Aborigines», *Oceania*, vol. XIII, núm. 4, Sidney.
- MÍESELAS, S. (2003): *Encounters with the Dani. Stories from the Baliem Valley*. Steidl International Center of Photography, Nueva York.
- MILLAR, G. (1996): *To the Spice islands and beyond. Travels in Eastern Indonesia. Nikolai Miklouho-Maclay, a russian explorer meets trouble on the Irian Jaya coast*. Oxford University Press, Singapur.
- MIYAWAKI, I. (2006): «Hor memory of Sidaama Conquest», *The perils of face: Essays on cultural contact, respect and self-esteem in southern Ethiopia*. Mainzer Beiträge zur Afrika-Forschung, Berlin.
- MULLER, K. (2001): *Indonesian New Guinea. West Papua / Irian Jaya*. Periplus, Singapur.
- MUNDINE, D. (2002): *Ramingining: Arte aborigen australiano de la tierra de Arnhem*. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid.
- MULVANEY, D. J. (1990): «Spencer, Sir Walter Baldwin (1860-1929)». *Australian Dictionary of Biography*, vol. 12. Melbourne University Press, 33-36 (Batty, P. Allen, L. & Morton, J., 2005).
- O'BRIEN, D. A. (1962): «Nativistics Movements», en *Working Papers in Nativistic Movements*, Bureau of Native Affairs, United Nation's Temporary Executive Authority in West New Guinea, West Irian, Jayapura, 59-60. www.papuaweb.org
- PÉTREQUIN, A. M. y PÉTREQUIN, P. (2006): *Objects de pouvoir en Nouvelle-Guinée*. Editions de la Réunion des Musées Nationaux, Paris.
- SCHIEFFELIN, E.L. y CRITTENDEN, R.. (edit.) (1991): *Like people you see in a dream. First Contact in six Papuan Societies*. Stanford University Press, Stanford.
- SMITH, A. D. (1897): «An Expedition between Lake Rudolf and the Nile», *Geographical Journal*, 16, 600-625.
- SMITH, C. (2004): *Country, kin and culture. Survival of an Australian Aboriginal Community*. Wakefield Press, Kent Town.
- STRECKER, I. y LYDALL, J. (2006): «A history of pride and confrontation in South Omo». En *The perils of face: Essays on cultural contact, respect and self-esteem in southern Ethiopia*. Mainzer Beiträge zur Afrika-Forschung, Berlin.
- THOMSON, D. (2005): *Donald Thomson in Arnhem Land*. The Miegunyah Press, Victoria.
- TORNAY, S. (1981): «The Omo Murle Enigma». En *People and cultures of the Ethio-Sudan borderlands*. (Beder, M. L. (edit). African Studies Center, Michigan State University, Michigan.
- VANNUTELLI, L. y CITERNI, C. (1899): *L'Omo: Viaggio d'esplorazione nell'Africa Orientale*. Elibron Classics (reedición), 2006, Milán.
- WILLIAMS, N. M. (1986): *The Yolngu and their Land*. Stanford University Press, Stanford.